

### III. LOS “ENGAÑOS” DEL MAL ESPÍRITU Y EL “DISCERNIMIENTO” DE LA ELECCIÓN

1. La Exhortación *Vita consecrata* se refiere a la necesidad de «reconocer algunas *tentaciones* que, a veces, por insidia del diablo, se presentan *bajo apariencia de bien*» (“*sub angelo lucis*”: cf. 2Cor 11,1-15) y, en consecuencia, de un cuidadoso discernimiento (cf. Rm 12,1-2; Col 1,9ss; 1Cor 2,14ss):

«Así, por ejemplo, la legítima exigencia de conocer la sociedad moderna para responder a sus desafíos puede inducir a *ceder a las modas del momento*, con disminución del fervor espiritual o con actitudes de desánimo. La posibilidad de una formación espiritual más elevada podría empujar a las personas consagradas a un cierto *sentimiento de superioridad* respecto a los demás fieles, mientras que la urgencia de una cualificación legítima y necesaria puede transformarse en una *búsqueda excesiva de eficacia*, como si el servicio apostólico dependiera prevalentemente de los medios humanos, más que de Dios. El deseo loable de acercarse a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, creyentes y no creyentes, pobres y ricos, puede llevar a la adopción de un *estilo de vida secularizado* o a una *promoción de los valores humanos en sentido puramente horizontal*. El compartir las aspiraciones legítimas de la propia nación o cultura podría llevar a *abrazar formas de nacionalismo* o a *asumir prácticas que tienen*, por el contrario, *necesidad de ser purificadas y elevadas* a la luz del Evangelio» (VC 38c).

Y esto es especialmente importante si tenemos en cuenta que los consagrados, «en la medida en que profundizan su propia *amistad con Dios*, se hacen capaces de *ayudar a los hermanos* mediante *iniciativas espirituales válidas*, como escuelas de oración, ejercicios y retiros espirituales, jornadas de soledad, escucha y dirección espiritual... para favorecer y sostener el esfuerzo de todo cristiano por la perfección» (39). Y, así, poner su capacidad de *discernimiento* de la voluntad de Dios al *servicio* de los demás y de la *misión* que tienen encomendada:

«A imagen de Jesús, el Hijo predilecto “a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo” (Jn 10,36), también aquellos a quienes Dios llama para que le sigan son *consagrados y enviados* al mundo para imitar su ejemplo y continuar su misión... En su *llamada* está incluida por tanto la tarea de *dedicarse totalmente a la misión*; más aún, la misma vida consagrada, bajo la acción del Espíritu Santo, que es la fuente de toda vocación y de todo carisma, *se hace misión*, como lo ha sido la vida entera de Jesús... (Y) antes que en las *obras exteriores*, la misión se lleva a cabo en el *hacer presente a Cristo* en el mundo mediante el *testimonio personal*. ¡Este es el reto, éste es el quehacer principal de la vida consagrada! Cuanto más se deja *conformar* a Cristo, más lo hace *presente y operante* en el mundo para la salvación de los hombres» (VC 72).

Precisamente por *estar al servicio del plan de salvación de Dios* sobre los hombres, los consagrados «han de poseer una profunda experiencia de Dios y tomar conciencia de los retos del propio tiempo, captando su sentido teológico profundo mediante el *discernimiento* efectuado con la ayuda del Espíritu Santo... a la luz del Evangelio... para “responder a los perennes interrogantes de los hombres sobre el sentido de la vida presente y futura y sobre la relación mutua entre ambas”. Es necesario, pues, estar abiertos a la *voz interior* del Espíritu que invita a acoger en lo más hondo los designios de la Providencia. Él llama a la vida consagrada para que elabore *nuevas respuestas* a los *nuevos problemas* del mundo de hoy. Son un reclamo divino del que sólo las *almas habituadas a buscar en todo la voluntad de Dios* saben percibir con nitidez y traducir después con valentía en opciones coherentes, tanto con el carisma original, como con las exigencias de la situación histórica concreta» (73). En consecuencia, según Juan Pablo II:

«Su entrega deberá ser, obviamente, guiada por el *discernimiento sobrenatural*, que sabe distinguir entre lo que viene del Espíritu y lo que le es contrario (cf. Ga 5,16-17.22; 1Jn 4,6). Mediante la fidelidad a la Regla y a las Constituciones, conservan la plena comunión con la Iglesia.

De este modo, la vida consagrada no se limitará a leer los *signos de los tiempos*, sino que contribuirá también a elaborar y llevar a cabo *nuevos proyectos de evangelización* para las situaciones actuales. Todo esto con la certeza, basada en la fe, de que el Espíritu sabe dar las respuestas más apropiadas incluso a las más espinosas cuestiones. Será bueno a este respecto recordar algo que han enseñado siempre los grandes

**Instrucciones espirituales.- Reglas de discernimiento ignacianas - 6**

protagonistas del apostolado: *hay que confiar en Dios como si todo dependiese de Él y, al mismo tiempo, empeñarse con toda generosidad como si todo dependiera de nosotros» (Ib.).*

**2. Las Reglas de la 2ª Semana [328-336]** nos ayudan precisamente al **discernimiento sobrenatural** de los signos de los tiempos y las mociones de Dios para traducirlos rectamente en la elección:



**1) La verdadera alegría [328-330].-** Objeto de estas reglas: *distinguir* lo que viene de Dios y del enemigo (para aceptar lo primero y rechazar lo segundo), con una *mayor discreción* (afinando más), desde el “*si*” ya dado a Cristo con un amor incondicional (frente al que el enemigo actuará tentando y engañando “*sub angelo lucis*”):

- a) Lo propio de Dios es alegrar [329]: la “verdadera alegría” es termómetro y norte de la experiencia de Dios: porque la vocación de Dios nos llama a una plenitud ya “aquí y ahora”, como anticipación de una promesa mayor y “signo escatológico” de la vocación definitiva; y porque el Espíritu hace “apetecible” la imitación y la unión de amor con Cristo, que se nos regala ya como término real de nuestros anhelos más profundos.
- b) La verdadera alegría es: gratuita: un regalo que uno no se ha procurado; desinteresada, desprendida: no lleva la marca posesiva del propio interés; honda: no se trata de la simple satisfacción de un deseo periférico, sino que armoniza la persona desde el corazón; transitiva: se “comunica” como una *buena noticia* que uno no puede retener avaramente sólo para sí; humilde: no proviene de un “yo-autosatisfecho”, sino de un desprendimiento contagioso que desea la gloria de Dios y bien de los hermanos por sí mismos; desbordante: lleva el sello de una sobreabundancia inesperada e indisponible, muy distinta de la *euforia* autoinducida, compulsiva y exaltada; alentadora para seguir creciendo: amar, servir y entregar libremente la vida.
- c) La “consolación sin causa” es exclusiva de Dios [330]: un desbordamiento intenso de la *inmediatez* de Dios, que lleva el *sello indudable y luminoso* de su origen, el misterio de Dios se impone por sí mismo; sólo Dios tiene la exclusiva de producir semejante experiencia; sólo Él tiene la llave de ese “sagrario íntimo” de mi ser dónde se manifiesta como Señor en casa propia. Son cosas que de hecho pasan...
- d) El enemigo milita contra la verdadera alegría: sus mociones turban y entristecen con *falsas razones, sutiles engaños y continuas mentiras...* que tratan de frenar la acción de Dios en el alma y el fruto de la misión.

**2) Desenmascarando la trampa [331-336]:** ahora el enemigo utiliza el “engaño bajo especie de bien”. Las reglas son un instrumento de discernimiento más afinado para desenmascarar sus engaños y tentaciones:

- a) ¡Atención! Sigue el peligro. ¡No bajas la guardia! [331]: aunque sólo Dios puede entrar en el sagrario íntimo de mi ser induciendo la “verdadera alegría”, los “gustos” y “consuelos” que se sienten más periféricamente, en relación a ciertos valores o proyectos, pueden venir del Buen o del Mal espíritu.
- b) El enemigo induce a engaño [332]: entra “con la tuya” -sintonizando con tus buenos deseos- para enredarte y salirse “con la suya”, porque a estas alturas no puede ir “de frente”.
- c) ¿Si es tan sutil, cómo desenmascarar el engaño? [333s]: 1º Examinando el proceso en su conjunto: lo que viene del Señor es todo bueno: principio (*intención*), medio (*elección*) y fin (*consecuencias*); el Enemigo lo estropea todo, con sutiles “cambios de rumbo” en el “*discurso de los pensamientos*” y en la “*experiencia afectiva*” (tibieza, tristeza, turbación...), hasta cambiar la “intención” inicial. 2º Aprendiendo de la experiencia: analizar el *proceso del engaño* -su inicio, su desarrollo y su desenlace- para no caer en él la próxima vez.
- d) Ni siquiera cuando sé que la consolación viene de Dios puedo dar por bueno todo lo que surja después [336]: debo distinguir el *tiempo de la consolación* y el *siguiente*, en el que, al calor del consuelo, puedo dar por bueno lo que a mí se me ocurre (propósitos, criterios, etc.) o el enemigo me induce a pensar, querer, etc.
- e) ¿Cómo discernir lo que Dios quiere de mí? [335]: mediante un *conocimiento por connaturalidad* (“instinto” o “gusto interior”) por el que el corazón, familiarizado con el amor y el consuelo divino, descubre la *consonancia* o *disonancia* (afectiva, cognitiva o espiritual) de las “mociones” (*sentimientos-pensamientos-proyectos*) con la llamada de Dios a configurarme con Cristo en mi historia personal y en mi vocación y misión eclesial.